



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



Camino Discipulado Misericordioso
Para sembrar la esperanza



Domingo XIII Tiempo Ordinario

Ciclo B

30 de junio de 2024

I. Notas exegéticas

Sabiduría 1,13-15; 2,23-24

La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo

El libro es obra de un judío de la diáspora alejandrina, profundamente identificado con las tradiciones de sus antepasados y buen conocedor de la versión de los Setenta (LXX) y de la lengua griega. Busca con su obra fortalecer la fe de sus paisanos, especialmente la de las jóvenes generaciones que sienten con mayor fuerza la atracción del helenismo que está de moda. El texto reúne dos fragmentos de los capítulos 1 y 2, donde el autor critica duramente el razonamiento de los impíos (cf. Sab 2,1-20) exponiendo sus ideas con meridiana claridad.

En Sab 1,13-15 aparece la contraposición vida-muerte, uno de los temas fundamentales de toda la obra. La muerte originalmente no hacía parte del proyecto de Dios, quien creó todas las cosas para la vida. Todas son buenas, portadoras de vida, de dinamismo existencial. En Sab 2,23-24 el tema de la muerte aparece en primer plano. La incorruptibilidad es sinónimo de inmortalidad. En otras palabras, el ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, no es un ser para la muerte y está destinado a la vida eterna.





2 Corintios 8,7-9.13-15

Su abundancia remedia la falta que tienen los hermanos pobres.

Esta lectura se compone de dos fragmentos que forman parte de la sección de 8,1–9,15. Es un tratado sobre la colecta organizada entre las comunidades griegas en favor de las iglesias necesitadas de Judea (cf. Hch 11,19-30; Gal 2,10; Rom 15,25-28). Algunos autores consideran que estos dos capítulos son dos cartas enviadas por separado por Pablo a la comunidad de Corinto invitándola a compartir sus bienes con los más desfavorecidos.

Del primer fragmento (8,7-9), sobresale el v.9. En éste, Pablo recuerda el ejemplo de Jesús, que por amor se despojó de su rango para ponerse al servicio de la humanidad. Se hizo pobre siendo rico para enriquecer nuestra condición humana. Pablo lo interpreta como un gesto de generosidad (“gracia”).

Del segundo fragmento (8,13-15), llama particularmente la atención el v.13. La Iglesia es una familia en la que debe reinar cierta igualdad, ideal social al que aspiraban los griegos. Si en el pasado la Iglesia de Jerusalén había enviado misioneros a anunciar el Evangelio, ahora las comunidades nacidas de ella tienen el deber de socorrer a la iglesia-madre. Compartir los bienes espirituales y materiales refuerza también los vínculos de unidad en la Iglesia.

Marcos 5,21-43

Contigo hablo, niña, levántate

Jesús anuncia el Reino de Dios con sus palabras y obras. Las curaciones son de las actividades más notables de Jesús en el evangelio de Marcos. Entre los curados hay también mujeres, como la suegra de Pedro, la hija de Jairo la hemorroísa y la hija de la sirofenicia.

La curación de la hija de Jairo y de la hemorroísa, que Marcos narra de forma entrelazada conforman el evangelio de hoy. La relación entre las escenas es muy profunda: se trata en ambas de dos mujeres en peligro, doce años tiene la hija de Jairo que está muerta y doce años lleva la hemorroísa con su enfermedad, ambas aparecen como hijas y ambas renacen a la vida gracias al encuentro con Jesús.





Los versículos 21 a 24 introducen la narración. La hija de un jefe de la sinagoga de Cafarnaúm está gravemente enferma y el padre, desesperado, acude a Jesús en busca de ayuda. En Mc 5,35-43 se retoma la narración que había sido interrumpida por la curación de la hemorroísa. Camino a casa, le llegan con la noticia de que la niña ha muerto. Jesús lo oye y le pide que tenga fe. Al llegar a casa entra con Pedro, Santiago y Juan, además de los padres de la niña, en medio del llanto y los gritos. Jesús la toma de la mano y dice solo dos palabras: *“Talitha qumi”*. Ella se levanta y es capaz de caminar.

Una niña que supuestamente lo tenía todo en la vida, en realidad no poseía nada. Doce años de niñez desembocaron en la muerte. Solo Jesús la devuelve a la vida, le ofrece un camino de vida, de autonomía, de libertad, de realización. Lo mismo hará con la hemorroísa. Dos mujeres liberadas por la fe en Jesús.

II. Pistas homiléticas

En la vida de todos hay situaciones límite que nos desbordan, nos sobrepasan, nos llenan de miedo y de angustia. Las pocas fuerzas y los escasos recursos que tenemos no bastan para superar la crisis que golpea en cualquier momento de la vida. El miedo y la angustia nos inundan, porque solos no podemos. La enfermedad y la muerte son amenazas permanentes para los seres humanos. La guerra, la violencia, el terrorismo, la carrera armamentista que vemos en escalada hoy en el mundo, integran una cultura de muerte que esparce dolor y sufrimiento a toda la humanidad. Parece que, en lugar de ceder y desaparecer, se imponen con mayor virulencia en varios lugares del mundo, llenando a la humanidad de pesimismo y desesperanza.

En medio de ese sombrío panorama resuena hoy la Buena Nueva. Dios ama la vida, promueve la vida y nos ha enviado a su Hijo para que nadie perezca, sino que tenga vida eterna. El libro de la Sabiduría afirma con seguridad que “Dios no hizo la muerte” sino que “entró en el mundo por la envidia del diablo y los de su partido pasarán por ella”. También afirma que las criaturas del mundo son saludables: no hay en ellas veneno de muerte”. Sin embargo, el diablo arruinó en parte la obra de Dios con la tentación y el pecado, como afirma san Pablo en la carta a los Romanos: “Por un hombre penetró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte” (cf. Rom 5,12). La intención de Dios al crear al hombre era positiva. Lo creó para la inmortalidad y lo





hizo a su imagen y semejanza; lo creó para asociarlo a su vida divina bienaventurada. El libro de la Sabiduría declara también que la justicia es inmortal; por eso los infiernos no reinan sobre la tierra.

Jesús sintoniza totalmente con esa intención divina y ha venido al mundo para hacer la voluntad del Padre, que es voluntad de salvación, de vida y de amor. En los episodios de la hija de Jairo y de la hemorroísa Jesús se manifiesta como el que tiene poder sobre el mal, la enfermedad y la muerte. Jesús da vida y restaura la salud. Un detalle importante que permite a Jesús actuar es la fe que tienen tanto Jairo como la hemorroísa. Jairo reconoce en Jesús la fuente de la vida, por eso se acerca a él y le ruega con insistencia: “ven, pon las manos sobre ella para que se cure y viva”. Jairo sabe que nadie más lo puede hacer.

La mujer enferma había oído hablar de Jesús, de su bondad, de su misericordia y de su poder. Esta mujer sufre por una terrible enfermedad que no ha logrado vencer. Brota en ella el deseo de aprovechar esa bondad y poder de Jesús. Según la mentalidad judía se encuentra en estado de impureza, y ella lo sabe; sin embargo, se atreve a tocar el manto de Jesús, a pesar de que la ley de Moisés prohíbe el contacto con otras personas en caso de impureza. Ella piensa: “con solo tocar su manto, me curaré”. Esta mujer demuestra tener una fe enorme, una fe audaz, que no busca ninguna manifestación extraordinaria, sino que se contenta con un simple toque. Y así sucede. Jairo también confía en el poder de Jesús, a pesar de que le dicen que su hija ya está muerta. Se apoya en sus palabras y ello permite que Jesús realice el milagro.

La actitud de la gente y de los discípulos contrasta con las actitudes de Jairo y la de la hemorroísa. La gente sigue a Jesús en gran masa, pero solo por novelería, por curiosidad; las personas lo apretujan por todos lados, pero no tienen fe en Él. Los mismos discípulos siguen a Jesús, pero sin fe. Ante la pregunta de Jesús, “¿Quién me ha tocado el manto?”, replican molestos: “Ves que la gente te está apretujando, ¿y preguntas quién te ha tocado?” Jesús se refiere a un toque especial, que ha provocado la emanación de una fuerza espiritual capaz de curar.

Estos dos personajes contrastan enormemente con nosotros, que tenemos que reconocer que nuestra fe es magra. Ellos nos muestran la necesidad de crecer en la fe, la necesidad de adherirnos decididamente a Jesús para confiar en Él, para que Él aumente nuestra fe, y así enfrentar las adversidades de la vida con fortaleza. Esto nos permitirá también aliviar los





sufrimientos y necesidades de los enfermos y los desvalidos compartiendo solidariamente con ellos nuestro tiempo, nuestras capacidades, nuestros recursos para aliviar en algo sus sufrimientos, brindarles mejor calidad de vida, luchando contra el mal, la enfermedad y la muerte.





III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Hermanos, buenos días (buenas tardes). En la Eucaristía celebramos la Vida que Jesús el Hijo de Dios nos ha dado abundante y eterna. Alegrémonos, pues, y celebremos a través de los signos de pan y vino que el Señor renueva su entrega haciendo presente su amor que quiere darnos vida. Dispuestos a escuchar su Palabra iniciemos nuestra celebración cantando.

Monición a las lecturas

La enfermedad y la muerte son realidades presentes en la vida del ser humano desde que nace; pero la salud y la vida provienen de la bondad de Dios, que nos ha dado origen. El ser humano, salido de las manos de Dios, haciendo el bien expresa la bondad de Dios que hay en él. El don de la fe parece indispensable para que el poder de Dios actúe en medio de su Pueblo, y se haga presente en Cristo que sana y salva. Escuchemos con atención.





Oración de fieles

Presidente: Al Dios de la Vida, que quiere el bien de sus hijos, presentemos nuestra oración confiada, diciendo:

R/: Dios de la Vida, escúchanos.

- 1- Por el Papa, los obispos, sacerdotes y diáconos para que con su palabra y con su vida, nos muestren el auténtico rostro del Dios de la vida, oremos.
- 2- Por los que tienen el poder y dirigen nuestros pueblos, para que no busquen la paz empuñando las armas, sino que defiendan la tolerancia, la justicia, la concordia y el bien de todos, oremos.
- 3- Por los enfermos, los ancianos y los que sufren toda clase de males; para que no les falten los auxilios necesarios, y por la caridad de los hermanos, ninguno se sienta ignorado en su dolor, oremos.
- 4- Por nosotros aquí reunidos, para que la celebración de la Eucaristía fortalezca nuestra débil fe, y nos comprometa a dar lo mejor de nosotros mismos al servicio de la misión de la Iglesia, oremos.

Presidente: Señor Dios nuestro que en tu Hijo, muerto y resucitado, nos has dado la Vida, mira con bondad la oración de tu Iglesia y concédenos lo que nos hace falta para vivir dignamente como hijos tuyos. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.